

Dos céntimos de peseta

por Luis Ángel Guerras Martín



Finalista del I Certamen de Relato Breve Sierra de Guadarrama

Editorial Maluma, 2018

Aún ahora, cuando esto escribo tumbado en la cama y a punto de dormirme, no estoy seguro de haberlo vivido.

—Oiga, joven, ¿se puede saber qué hace aquí?, ¿no será usted amigo del americano ese de las gafas y el bigote?

—No sé a qué americano se refiere —he contestado con cara de asombro e incredulidad.

Esta mañana me he levantado temprano, como todos los domingos que hace buen tiempo. He decidido ir a la zona del valle de La Jarosa a hacer lo que más me gusta: una buena caminata por el monte. He dejado el coche donde siempre, junto al embalse, y he hecho una ruta que casi me sé de memoria subiendo la ladera entre pinos silvestres hasta la pradera de La Pinosilla. Una vista espectacular. Una paz que te abraza. Una soledad que te envuelve. Me ha extrañado no ver, como otras veces, la enorme Cruz de los Caídos del valle colindante. En su lugar sólo había una nube que, he supuesto, tapaba el controvertido monumento.

Salvo esa nube, el resto del paisaje era para disfrutarlo. Me gusta subir a esa pradera casi aislada y estar sentado un rato sobre unas rocas elevadas. No sé por qué ese lugar me ayuda a relajarme, a encontrarme a mí mismo. Esta mañana no ha sido una excepción.

Cuando más estaba disfrutando del momento, un fuerte griterío ha roto el silencio, la tranquilidad. Me he esforzado en escuchar. Parecían voces nerviosas, gente estresada que gritaba desde la zona del cerro de los Álamos Blancos, hacia el oeste. Me he levantado y he empezado a caminar en esa dirección. Las voces llegaban cada vez más próximas, cada vez más claras. De pronto, un joven vestido de soldado y con un fusil antiguo al hombro me ha dado el alto. Y un buen susto.

—Me refiero al americano ese grandote que viene de vez en cuando, creo que es periodista.

—Pues no, no le conozco. ¿Puedo preguntarle por qué va vestido así?

—Porque estoy de fiesta, ¿no te jode? Usted sí que va vestido de una forma rara. ¿Es periodista?

—Sí —mentí, dándome cuenta, de forma intuitiva, de que eso me abriría la puerta para indagar en lo que estaba pasando aunque, realmente, no sabía si quería continuar o no— ¿puedo hacerle unas preguntas?

—Mire, no tengo tiempo para chácharas, los sublevados están a punto de romper nuestras líneas. Si perdemos el control del Guadarrama, lo vamos a pasar mal.

Pensé que estaba loco. O que participaba en algún juego de esos modernos de rol que hacen las empresas con sus empleados. O que, simplemente, me tomaba el pelo. Mi curiosidad iba en aumento por lo que, aunque con algo de prevención, le dije:

—Me gustaría ir hasta el poblado, ¿le importa?

Me miró con recelo aunque, con un movimiento de la cabeza, indicó que podía seguir.

—Allá usted —dijo cuando ya le había dejado atrás.

No tardé más de diez minutos en llegar hasta las primeras edificaciones, casas de piedra mal construidas, establos, bunkers, puestos de observación y vigilancia... Fortificaciones y viviendas hechas con el granito que desborda la sierra de Guadarrama por todas partes. Yo ya había estado allí antes pero sólo recordaba ruinas, silencio y soledad. Definitivamente, no entendía nada. Esta mañana, todo estaba en pie y un trajín de militares yendo y viniendo daba vida al lugar. Voces, gritos, órdenes y contraórdenes, caras asustadas, caras de rabia.

Tuve la tentación de salir corriendo y volver al coche lo más rápido posible pero pudo más mi curiosidad. Me senté en un poyete junto a una de las casas. Se me acercó un soldado joven, no tendría más de 18 años. Su rostro denotaba una fatiga impropia de su edad.

—¿Le importa echar esta carta al correo? Es para mi novia, ¿sabe? Por si no la vuelvo a ver —me dijo con cara suplicante—. Ella también avisará a mis padres, ¿sabe?

—Claro, claro, no se preocupe, mañana mismo sin falta.

—Se lo agradezco. Aquí, como se puede imaginar, no hay estafeta de correos. Tome.

Me dio dos monedas que no supe reconocer. Debió notar mi extrañeza.

—Lo que vale el sello, ¿no?, dos céntimos de peseta.

Asentí con la cabeza pero no logré articular una sola palabra. El soldado fue corriendo a uno de los bunkers que rodeaban el poblado. Guardé el dinero en mi monedero y lo mezclé con los

euros que llevaba. De repente, tres soldados bajaron corriendo por la ladera, casi tropezando. Uno de ellos grita:

—Los sublevados ya están en la cima de Cabeza Lijar, ¡hay que evacuar!

Alguien, creo que un oficial, ordena:

—Hay que irse cuanto antes, aquí ya no podemos hacer nada. Antes del anochecer bajamos a Guadarrama, allí podremos organizarnos para resistir mejor.

Siento que nadie me hace caso, todo es correr, dar gritos, salir de las viviendas maltrechas cargados con mochilas, armas, utensilios, herramientas. Me doy cuenta de que allí ya sólo puedo molestar. Y correr un peligro extraño. Decido irme. Bajo de nuevo hacia el embalse por la misma senda que había recorrido hacía unas pocas horas.

A mitad de camino me encuentro con un hombre alto, enorme, con gafas y bigote. Y una boina calada hasta las orejas. Me suena su cara pero no sé de qué. Se para a saludarme. Y a preguntarme si yo también soy periodista. Supongo que es la pregunta habitual cuando no se lleva uniforme. Habla un español correcto con un fuerte acento americano. Empiezo a comprender. La tranquilidad que había ido recuperando tras irme del poblado se desvanece y de nuevo siento inquietud y extrañeza. Pero esta vez, por una razón diferente.

—Perdone, ¿le pasa algo? —pregunta ante mi silencio atónito. Por fin, consigo recuperar la palabra.

—No, no soy periodista pero me gusta escribir relatos. Como a usted.

—Bueno, entonces somos colegas en algo, ¿no?

—Yo que usted no subiría, están empezando a recoger. Los sublevados van a cruzar las cimas de un momento a otro.

—Ya, entiendo, ¿qué diré ahora en mi crónica? En fin, creo que ya no hay mucho más que hacer aquí.

—Si quiere le llevo en mi coche al pueblo.

—Si no le importa, se lo agradezco.

—Lo he dejado junto al embalse.

—¿Qué embalse?

No respondo, ¿para qué? Al llegar al coche noto que lo mira con extrañeza, pero no dice nada. Cuando llegamos a Guadarrama, me invita a tomar un chato de vino en una taberna, junto a la Plaza Mayor. Hablamos de su país, de España, de sus viajes, de la vida en general. Intento pagar pero me doy cuenta de que sólo llevo dos céntimos de peseta, lo demás son euros.

Al cabo de un rato, salimos de la taberna y me acompaña hasta el coche. Antes de despedirnos, me dice:

—Esto pinta mal, muchacho. Lo siento por la República. Gracias por traerme al pueblo.

—De nada. Ha sido un placer, se lo aseguro.

Me estrecha la mano. Le doy un abrazo.

—No deje de contar a todo el mundo por quién doblan las campanas —le grito sacando la cabeza por la ventanilla mientras me alejo.